

Populismo e ideología

(A propósito de Ernesto Laclau: *Política e ideología en la teoría marxista*)*

EMILIO DE ÍPOLA

No nos parece incorrecto iniciar esta nota sobre el libro de Ernesto Laclau parafraseando las palabras con que el autor comienza su comentario acerca de: *Fascismo y dictadura* de Nicos Poulantzas: “lo primero que impresiona al leer *Política e ideología en la teoría marxista* es la excepcional riqueza de *determinaciones teóricas* que introduce en sus análisis”. No obstante, una vez dicho esto, creemos necesario hacer explícita nuestra convicción de que no se trata en modo alguno de lo que suele llamarse un libro “teoricista”.

Sin duda, en cada uno de los temas que Laclau analiza, la reflexión teórica parece brillar demasiado por su presencia; pero no tanto como para impedirnos ver el trasfondo real de las preocupaciones del autor. Ese trasfondo no es sólo, ni principalmente, teórico: es, en lo esencial, político. O, para expresarlo en términos más precisos, son ante todo razones políticas las que inducen al autor a ese minucioso rodeo por la teoría que efectúa en su libro. Ceguera o miopía de la II y la III Internacionales, errores sistemáticos de las izquierdas tradicionales y modernas latinoamericanas; en base a esas desviaciones no sólo se escribieron libros deficientes: se implementaron también estrategias y tácticas políticas que tuvieron como resultado graves, e incluso catastróficas, derrotas. Si es necesario aún hoy repensar conceptos tales como los de “capitalismo” y “feudalismo” —y, por esa vía, examinar categorías más abstractas como las de “modo de producción” y “sistema económico”; si es preciso asimismo replantear la problemática del fascismo y del populismo— y, por esa vía, internarse en el análisis de la especificidad de lo político y de la ideología— es ante todo porque, en la práctica, una cierta manera de concebir y aplicar esas categorías y de pensar esos problemas ha con-

* Editado por Siglo XXI, España, 1978.

tribuido a la configuración de líneas políticas cuyas negativas consecuencias, y cuyas causas, están lejos de haber desaparecido. Tal es, en nuestra opinión, la intención profunda del libro de Laclau, y lo que otorga especial interés a sus análisis.

Agreguemos a ello que dichos análisis están sometidos a una casi tiránica exigencia de rigor y de precisión, exigencia particularmente meritoria en este caso, dadas las poderosas penumbras teóricas en que se debaten, en todos los sentidos de esta palabra, los temas que Laclau aborda. Penumbras propicias para el ensayo “desenvuelto”, “intuitivo”, “audaz”, pero resueltamente refractarias a todo tratamiento riguroso de los temas en cuestión.

Dicho esto, presentimos que será un destino casi obligado de todas las recensiones de este libro el que centren su atención en los dos últimos trabajos allí incluidos (“Fascismo e ideología” y “Hacia una teoría del populismo”), dado el hecho de que, tanto el artículo sobre feudalismo y capitalismo, como el dedicado a la polémica Miliband-Poulantzas, son trabajos ya publicados tiempo atrás, y que fueron, en su momento, ampliamente comentados y discutidos. Digamos desde ya que esta nota no será una excepción a esa presunta regla. Más precisamente, lo esencial de nuestras observaciones estará consagrado a las tesis expuestas por Laclau en su análisis del populismo. De todos modos, dichas observaciones serán en parte extensibles al estudio sobre el fascismo, puesto que según el propio Laclau, la ideología fascista constituye un caso particular de populismo.

— 0 —

Existen, en el interior del marxismo, ciertos conceptos cuyo *status* teórico-metodológico sigue alimentando las más enconadas discrepancias y los más tenaces malentendidos. Se trata, en particular, de aquellos conceptos relativos a la llamada “dimensión superestructural” de los procesos sociales. Por cierto, términos tales como “valor”, “plusvalor”, “fuerzas productivas”, “trabajo abstracto”, etcétera, no están en modo alguno al abrigo de todo cuestionamiento. Pensamos, sin embargo, que lo que en ellos suscita discusión es menos su contenido que su validez, menos su estatuto y significación teóricas que su pertinencia.¹ Por el contrario, en el caso de conceptos tales como “fascismo”, “populismo”, “bonapartismo”, etcétera, el debate acerca de su vigencia y de su utilidad analítica es inseparable de la discusión acerca de su significado y de su alcance teórico. Con respecto a estos términos, las controversias suelen girar en

¹ La diferencia a la que aludimos es, por supuesto, sólo de grado. Sería imposible, además de inútil, trazar una frontera nítida entre ambos tipos de discusión. Se trata más bien de una cuestión de énfasis, lo que, sin embargo, no la torna insignificante.

torno al “contenido exacto” que cabría adjudicarles; al nivel de generalidad en que deberían situarse; a la función epistemológica —descriptiva o bien explicativa— que les sería propia: en una palabra, a su sentido y su papel en la economía de la teoría marxista. La decisión acerca de la validez, en tanto instrumentos analíticos, de dichos conceptos, depende casi por entero de la previa solución de esos interrogantes.

Como es frecuente en estos casos, los científicos sociales, salvo raras excepciones, prefieren preocuparse más por tomar una posición definida sobre el problema que por justificarla teóricamente.² Curioso es comprobar, sin embargo, que hasta las opciones más opuestas parten de un ingenuo, por no decir alarmante, supuesto común: el de que la riqueza de determinaciones de un concepto es por fuerza inversamente proporcional a su extensión (a su “generalidad”). Lo cual los lleva inmediatamente a la conclusión de que cuanto más pobre en contenidos sea tal o cual concepto, mayor habrá de ser su capacidad explicativa y viceversa.³ Es sobre la base de esta (falsa) presuposición común que se entablan, y se dilatan, la gran mayoría de las discusiones.

Así, quienes por su formación, sus intereses o sus gustos, prefieran otorgar primacía a las singularidades históricas, optarán resueltamente por restringir el empleo del término en cuestión (fascismo o populismo, por ejemplo) a sólo uno o dos casos históricos, por ejemplo la Alemania de Hitler y la Italia de Mussolini con respecto al primero; la Argentina de Perón y el Brasil de Vargas en lo referente al segundo.

Por el contrario, quienes, por las mismas o parecidas razones, tiendan a enfatizar las semejanzas estructurales, reales o ficticias, no vacilarán en llamar “fascista” a cualquier régimen autoritario del orbe capitalista, ni en calificar de “populista” a cualquier movimiento o ideología en los que sea posible detectar elementos nacionalistas y apelaciones al pueblo. Los primeros reprocharán a los segundos el empobrecimiento del concepto en discusión, su falta de sensibilidad a “lo nuevo”, su tendencia a encasillar los hechos históricos en moldes prefijados, etcétera; a su vez, los segundos achacarán a los primeros su incapacidad de distinguir lo esen-

² Se hallarán varios ejemplos de estos *parti pris*, aligerados de la tarea de justificarse teóricamente, en discusiones recientes acerca del carácter (“fascista” o no) de las actuales dictaduras militares latinoamericanas.

³ Dicho de otro modo, desde el punto de vista lógico, los polemistas deciden, en tácito acuerdo mutuo, acogerse a las seguridades de Port-Royal. Es sabido, en efecto, que según la *Lógica de Port Royal* (1662), cuanto mayor es la extensión de un concepto, más pobre es su contenido. Ahora bien, como lo señala entre otros C. Luporini, “la lógica moderna ha demostrado que esto no se verifica, que no es cierto que los conceptos científicos se empobrezcan en extensión cuando aumente su contenido y viceversa. Al contrario: un concepto se hace más universal cuanto más se enriquece con casos especiales que logra abarcar” (C. Luporini: “El círculo concreto-abstracto-concreto”, en G. Della Volpe *et al.*, *La dialéctica revolucionaria*, Universidad Autónoma de Puebla, México, 1977, p. 83. Señalemos que el texto de Luporini fue publicado por primera vez en 1962).

cial de lo secundario, el "fondo" de la "forma" y, por vía de consecuencia, su total ineptitud para producir un conocimiento que supere los límites de la historiografía descriptiva. No faltarán tampoco posiciones intermedias, elaboradas, de todos modos, en base al mismo supuesto común.⁴

Frente a ese panorama, resulta no poco alentador comprobar que los análisis de Laclau poseen de entrada el raro mérito de no compartir el mencionado supuesto y, por lo tanto, de sustraerse al diálogo de sordos que necesariamente alimenta. Ni su examen del fenómeno fascista, ni su esbozo de teoría del populismo se sumergen en el triste dilema de producir, o bien una generalidad "pobre", o bien una singularidad histórica "rica". Por el contrario, en uno como en otro caso, el análisis que efectúa el autor desemboca en la construcción de conceptos a la vez *complejos* ("síntesis de múltiples determinaciones") y de alcance *general*, esto es, capaces de englobar, sin empobrecerla, a una pluralidad de casos históricos.⁵

Como es obvio, este hecho no hace a dichos conceptos impermeables a toda crítica: nosotros mismos discutiremos algunos de ellos más adelante. Sigue siendo válido, sin embargo, el que los desarrollos teóricos de Laclau tienen la incuestionable virtud de plantear la discusión en un terreno mucho más pertinente y fructífero que el tradicional; tienen, para decirlo sin reticencias, la virtud de plantearla *en su verdadero terreno*.

A los efectos de mostrar esto último, y también para entrar en materia, examinaremos con algún detalle la argumentación en base a la cual Laclau desarrolla sus tesis sobre el populismo. En términos más o menos ordenados, la secuencia de dicha argumentación sería la siguiente:

1] Pese a las críticas y a los intentos de destierro de que ha sido objeto, el término "populismo" continúa gozando de buena salud en los análisis políticos. No es imposible que su capacidad de sobrevivir a esos ataques se deba simplemente a su vaguedad e imprecisión (y, a decir verdad, no sería la primera vez que un concepto dura justamente a causa de sus vicios). Pero nada impide tampoco interpretar esta tenaz supervivencia como un hecho sintomático. En esa línea de pensamiento, cabría explorar la hipótesis de que el término "populismo" alude, en sus usos más frecuentes, a un fenómeno real, y que su equivocidad o polisemia es en el fondo un índice de la dificultad en circunscribir, en delimitar, "aquello" a lo que alude. Laclau opta resueltamente por esa exploración.

⁴ Nos referimos en particular a aquellas que creen resolver el problema apelando a las misteriosas virtudes del prefijo "neo-" y de las expresiones compuestas: "neo-fascismo", "populismo *sui generis*", fascismo "dependiente", etcétera.

⁵ Este carácter al mismo tiempo complejo y general los habilita como instrumentos para la construcción de enunciados explicativos (y no sólo descriptivos) que, a la vez, respeten la especificidad del objeto analizado.

2] Así pues, comienza comprobando que el calificativo de “populista” ha sido aplicado a fenómenos históricos en principio muy diversos: el *narodnichestvo* del siglo XIX en Rusia, los fascismos alemán e italiano, el peronismo y el varguismo en América Latina, el nasserismo, el poujadismo francés, y hasta el PC italiano actual. No menos diversas son las interpretaciones en cuanto a lo que determinaría el carácter populista de tales fenómenos: para algunos se trata de un tipo particular de movimiento político; para otros, de una ideología; hay asimismo quienes lo consideran a la vez como movimiento e ideología. Por otra parte, atravesando estas diferentes caracterizaciones, ciertos científicos sociales definen y explican el populismo en términos de sus bases sociales (grupos o clases); otros, en cambio, lo interpretan como un fenómeno ligado a un estadio determinado de desarrollo económico; otros, en fin, se contentan con enumerar sus rasgos ideológicos típicos. Como es natural, estos diferentes enfoques dan lugar a no menos diferentes recortes empíricos del fenómeno en cuestión.

3] A los efectos de aclarar el panorama, Laclau procede acto seguido a examinar algunas de las principales interpretaciones del populismo. Expone y critica, en primer lugar, aquellos enfoques según los cuales el populismo, como movimiento e ideología, sería la expresión de una clase social determinada. No le resulta difícil poner de manifiesto la inconsistencia de dichos enfoques, así como su origen: todo depende, en última instancia, del caso concreto en que se focalice el estudio.

Así, por ejemplo, si se toma como punto de referencia el populismo ruso del pasado siglo, se tenderá a definir al fenómeno en general como una ideología o un movimiento campesinos; si se tiene en mente el caso norteamericano, se interpretará al populismo como la expresión de una sociedad de pequeños granjeros opuestos a la vida urbana y a la riqueza en gran escala; en fin, si se otorga primacía a los populismos latinoamericanos, se definirá al fenómeno en discusión, según los casos, como expresiones políticas e ideológicas de la pequeño-burguesía, o de los sectores marginales, o bien de la burguesía nacional.

Los límites de este “empirismo clasista” son notorios: en lugar de explicar, disuelven al fenómeno populista, y ello en un doble sentido. En efecto, por una parte, lo *reducen* a sus bases sociales (diferentes según los casos); por otra, o bien generalizan indebidamente el ejemplo de que parten y definen como populistas a movimientos o ideologías cuyas bases sociales son diferentes —contradiendo así sus propias premisas—, o bien se resignan a calificar como tal únicamente al caso concreto tomado como punto de referencia —dejando así de lado los rasgos populistas que, intuitivamente, perciben como siendo comunes a movimientos e ideologías con bases clasistas muy diversas. A todos efectos prácticos, el objeto que

se trataba precisamente de explicar termina por extraviarse en el curso mismo del análisis.

Una vez mostrada la insuficiencia de esas interpretaciones, Laclau aborda el examen de la teoría funcionalista del populismo, tal como ha sido elaborada por Gino Germani y Torcuato Di Tella. El autor comienza reconociendo que se trata, en este caso, de la concepción más desarrollada y coherente de todas las que se han formulado sobre el fenómeno.⁶ Considera, sin embargo, que dicha concepción es cuestionable, a la vez por razones de tipo histórico y teórico:

a) Desde el punto de vista *histórico*, los análisis de Germani y Di Tella interpretan al populismo como el producto de una etapa transicional de desarrollo, más precisamente, aquella en que se opera el pasaje de la sociedad tradicional a la moderna. Ahora bien, Laclau opone a esa interpretación la existencia de fenómenos populistas que se han verificado en países desarrollados: por ejemplo, el *qualunquismo* y el fascismo en Italia, el nazismo en Alemania, el *poujadismo* en Francia. Asociar el populismo a una etapa determinada de desarrollo equivaldría en consecuencia, a incurrir en una nueva forma de reduccionismo, tan insostenible como el reduccionismo clasista antes criticado.

b) Desde el punto de vista *teórico*, toda la argumentación de Germani-Di Tella tiene como marco de referencia a la teoría “estructural-funcionalista”, teoría que une a la falta de pertinencia de sus conceptos básicos (“sociedad tradicional”, “sociedad moderna” y sus derivados) una concepción teleológica perfectamente arbitraria de las transformaciones histórico-sociales. Cierto es que la sensibilidad sociológica de Germani le permite superar en ocasiones los límites del marco teórico en que se mueve su análisis,⁷ pero esos intermitentes atisbos, de ser desarrollados—cosa que Germani no hace—, cuestionarán las bases mismas en que la interpretación se apoya. Razón por la cual, pese a su mayor grado de elaboración y coherencia, tampoco esta teoría puede ser considerada satisfactoria.

5) Ahora bien, las tesis que, siguiendo a Laclau, se acaban de examinar comparten la premisa de considerar al populismo a la vez como un movimiento y como una ideología. Existen, sin embargo, otras que lo tratan exclusivamente como un fenómeno ideológico. Laclau reconoce la supe-

⁶ Nos permitimos omitir la exposición de esta teoría, hoy por hoy ampliamente divulgada y discutida. Remitimos a los textos pertinentes de Germani y de Di Tella, o bien al ajustado resumen de las tesis de estos últimos que figura en el libro de Laclau.

⁷ Cf., al respecto, las observaciones de Laclau acerca del empleo, por parte de Germani, del concepto de “efecto de fusión” en su análisis del populismo (pp. 179-180).

rrioridad de este enfoque (de hecho, es también el suyo), pero objeto a las interpretaciones concretas formuladas con arreglo al mismo su carácter puramente descriptivo y su incapacidad para dar cuenta del papel que juega el elemento específicamente populista en una determinada movilización social.⁸

De lo que se trataría, pues, es de elaborar una teoría del populismo que defina al fenómeno en términos ideológicos —como lo hace la precedente interpretación— pero que, además, logre superar los límites e insuficiencias de esta última. Con otras palabras, se trataría de desarrollar los elementos de una teoría que, ateniéndose al carácter ideológico del populismo, posea asimismo un valor explicativo y no sólo descriptivo.

6] Para ello, sin embargo, es preciso ante todo desembarazarse de una previsible objeción “marxista”: lo ideológico es siempre derivado, secundario y, en última instancia, reductible. Las ideologías no son nunca principios de explicación, sino productos a explicar: quizá no esté mal partir de las ideologías, pero siempre que “partir” implique en algún momento salir fuera de ellas, e interrogar las bases materiales que son su verdadera fuente de inteligibilidad y de realidad.

Laclau afronta resueltamente esta objeción afirmando al mismo tiempo la determinación de clase de las ideologías y la irreductibilidad de los elementos ideológicos a las clases sociales. El eje de su argumentación reside en la distinción que propone entre la “forma” y el “contenido” de una ideología. Por *forma* de una ideología Laclau entiende el “principio articulatorio de sus interpelaciones constitutivas” (p. 186). Así abruptamente expuesta, esta fórmula —inspirada en conocidas tesis althusserianas— resulta un tanto oscura, por lo que hemos de volver en seguida sobre ella.⁹ En cuanto al *contenido* de una ideología, Laclau designa con este término a lo que llamaremos —ya que el autor no emplea esta expresión— las “unidades semánticas” o, si se quiere, los “elementos” empíricamente aislables de la ideología en cuestión. Sin afirmarlo claramente, Laclau da a entender que tales elementos consisten precisamente en “interpelaciones” de diferente tipo y alcance (pp. 114-115).

Sobre la base de esta distinción, Laclau enuncia la tesis según la cual

⁸ Según Laclau, tales interpretaciones se limitarían a enumerar los rasgos típicos de la ideología populista, sin mostrar la peculiar unidad de esta última. Tales rasgos serían los siguientes: “... su carácter anti *statu quo*, la desconfianza en los políticos tradicionales, la apelación al pueblo y no a las clases, el antiintelectualismo, etcétera”, p. 169).

⁹ Como es sabido, Althusser —en su artículo “Ideología y aparatos ideológicos de Estado”— plantea que toda ideología constituye imaginariamente a los individuos en sujetos a través del mecanismo de la “interpelación”. Laclau recupera y desarrolla esta tesis, no sin tomar distancias con respecto a la teoría althusseriana de la ideología considerada como un todo (véase p. 114, nota 32).

“el carácter de clase de una ideología está dado por su *forma* y no por su *contenido*” (p. 186). Su esbozo de teoría del populismo habrá de constituir una ilustración y, al mismo tiempo, una puesta a prueba de dicha tesis. Pero antes de referirnos a ese tema debemos intentar aclarar qué entiende Laclau por el mencionado “principio articulador”, el cual —digámoslo así— expresaría la necesaria determinación clasista de toda ideología.

Ahora bien, previendo posibles confusiones, hemos de confesar que nuestra tentativa de esclarecimiento será en buena medida interpretativa. Debido a ello, correremos el riesgo de distorsionar el pensamiento de Laclau y de atribuirle tesis que no son las suyas; pensamos, sin embargo, que en este caso ese riesgo es inevitable. En efecto, debiendo abordar el autor una temática particularmente dificultosa y oscura (la de lo ideológico), es natural que en sus análisis encontremos a veces aserciones no del todo claras, oscilaciones de vocabulario y también argumentos insuficientemente desarrollados. No podría ser de otro modo, tratándose de un dominio mal conocido y peor explorado como es el de las ideologías —y ello a pesar de los ímprobos esfuerzos de Laclau por evitar toda imprecisión o ambigüedad. Señalando esto, podemos ir al grano.

Ninguna ideología es una simple suma de enunciados inconexos; más allá de sus manifestaciones concretas, necesariamente fragmentarias, las ideologías poseen una unidad lo suficientemente definida y precisa como para permitirnos identificarlas como tales a través de sus expresiones parciales. Ahora bien ¿qué es aquello que les confiere esa unidad?

Postulemos, siguiendo a Althusser, que toda ideología interpela-constituye a los individuos como sujetos.¹⁰ Y avancemos la hipótesis según la cual la figura concreta, específica, del sujeto así constituido traduce, a nivel de los efectos, la unidad de la ideología “interpelante”.

Sucede, sin embargo, que dicha figura es compleja; así, por ejemplo, el individuo “X” no se auto-identifica como “burgués”, sino también como “italiano”, como “católico”, como “padre de familia”, como “demócrata-cristiano”, etcétera. Lo cual, dicho en términos más abstractos, significa que todo individuo es constituido como sujeto a través del juego complejo de múltiples interpelaciones. Importa señalar aquí que, si bien algunas de esas interpelaciones son de carácter clasista (por ejemplo, “burgués” o “capitalista”), otras no lo son en modo alguno (por ejemplo, “italiano” o “católico”).

Ahora bien, aunque complejo, ese “juego” interpelatorio no es arbitrario: de ahí, en particular, el hecho de que cada individuo tienda a verse a sí mismo, y a ser visto por los otros, como una “personalidad” relativamente integrada (y ello sin perjuicio de los conflictos profundos que lo

¹⁰ Sin perjuicio de lo señalado en la nota precedente, trataremos de mostrar, más adelante, que la recuperación a-crítica de esta tesis (cuya *parcial* validez no discutimos) constituye uno de los puntos débiles de la teoría de Laclau.

atravesen). Lo que no ocurriría si las interpelaciones que lo constituyeron en tanto sujeto con tales y cuales características carecieran de relación entre sí ni, mucho menos, si fueran mutuamente incompatibles. Es pues necesario concluir que, en regla general, las mencionadas interpelaciones, por heterogéneas que parezcan, son la manifestación de un discurso ideológico provisto de una cierta unidad.

“Unidad” no significa empero, necesariamente, coherencia lógica; los discursos ideológicos suelen tolerar, en efecto, un ancho margen de incoherencia. Por “unidad” es preciso entender más bien la capacidad de cada interpelación aislada de jugar un papel de *condensación* con respecto a las otras:

Cuando una interpelación familiar, por ejemplo, *evoca* una interpelación política, una interpelación religiosa, una interpelación estética, etc.; cuando una de estas interpelaciones aisladas opera como *símbolo* de las otras, nos encontramos con un discurso ideológico relativamente unitario (p. 115).

Así, por ejemplo, el individuo “X”, al ser interpelado como “padre de familia” no se reconoce simplemente como “padre” sino que, por una suerte de mecanismo de reenvío, se reconoce como un padre *identificado* con tales o cuales convicciones políticas, creencias religiosas, ideas artísticas, etcétera, identificaciones que se le aparecen como constitutivas de lo que debe ser un “buen” padre: un padre en el sentido “cabal” de la palabra. Así pues, como las armónicas de una nota musical, cada interpelación aislada hace oír los ecos de todas las otras.

Llegados a este punto de la argumentación, nos toca ahora enfrentar el meollo de la dificultad: ¿qué es aquello que cimienta a este dispositivo interpelatorio y asegura, por tanto, el funcionamiento del “efecto de condensación” sobre el que reposa la unidad de una ideología?

En nuestra opinión, la respuesta a esta pregunta más acorde con el pensamiento de Laclau sería la siguiente: lo que garantiza la eficacia global de esos mecanismos y, con ella, la relativa unidad de un discurso ideológico es aquello que llamaremos un “*proyecto clasista*” determinado.¹¹ Dicho “proyecto clasista” sería, en última instancia, el verdadero principio articulador de las interpelaciones constitutivas de una ideología.

Téngase presente que decimos “proyecto” y no “interpelación” clasista. Hemos visto, en efecto, que en toda ideología más o menos unificada figuran interpelaciones de clase junto a otras, no clasistas. Cada una de ellas remite, metafóricamente o metonímicamente, a las otras, pero ninguna se

¹¹ En apoyo de esta interpretación, haremos observar que las expresiones “proyecto hegemónico”, “proyecto articulador” y, en fin, “proyecto de clase” son empleadas por el propio Laclau en el artículo que comentamos (véase pp. 188, 223 y 232). En todos los casos, esas expresiones aluden directamente al mencionado principio articulador.

reduce, ni elimina, a las demás. Si, de acuerdo con Laclau, las interpe-laciones están *articuladas* según un principio específico, ello significa que son realmente distintas y mutuamente irreductibles. Cabría incluso decir que lo que mide la potencialidad hegemónica de una clase es precisamente esta capacidad articuladora: capacidad de integrar en un todo relativamente estructurado interpe-laciones de alcance y naturaleza diferentes, clasistas algunas, no clasistas otras.

En cambio, aquello que efectivamente posee un carácter de clase es el proyecto (hegemónico) con arreglo al cual se opera esa articulación. Ese proyecto puede ser más o menos consciente, más o menos explícito: según la medida en que lo sea, podrá o no aparecer en el nivel de los *contenidos* mismos de la ideología en cuestión (podrá, por así decir, estar "representado" en ese nivel, bajo la forma, por ejemplo, de una interpela-ción específica). En todo caso, es ésta una simple cuestión de análisis concreto que, por lo mismo, debe resolverse en el plano de la investigación empírica. Lo esencial es que dicho proyecto clasista funciona, ante todo y sobre todo, como principio constitutivo de la *unidad* de una ideología, vale decir, de su "*forma*".

Hechas estas (quizá discutibles) aclaraciones, pasemos sin más trá-mite al examen de las tesis de Laclau acerca del populismo.

En términos estrictos, el populismo, aun siendo un fenómeno ideoló-gico, no constituye por sí mismo una ideología. Y ello por la doble razón complementaria de que: a] es imposible adjudicarle una inherencia de clase determinada y b] su status teórico corresponde al de los contenidos y no al de la forma de un discurso ideológico. Es preciso, en consecuencia, comenzar por sacar a luz la especificidad de ese contenido.

En una primera aproximación, en todos los discursos calificados des-criptivamente como populistas puede hallarse un punto en común: la referencia a un fundamento analógico constituido por el *pueblo*. Sobre esta base, no faltan quienes sostienen que lo específico del populismo resi-de precisamente en esa apelación al pueblo por encima de las divisiones de clase.

Laclau admite el hecho de que la referencia al pueblo ocupa efectiva-mente un lugar central en los discursos populistas; señala, sin embargo, que esta sola referencia es insuficiente para caracterizar al fenómeno en cuestión. En efecto, ello obligaría a definir como populista a cualquier discurso en que figurase dicha apelación, lo que equivale a decir a la inmensa mayoría de los discursos políticos. Nuevamente aquí, la pobreza de determinaciones del concepto daría pie para una seudogeneralidad vacía.

Eso no es todo. Sucede, en efecto, que el término "pueblo" carece de un estatuto teórico definido. Se trata de uno de esos vocablos que operan simultáneamente en un doble registro: el registro "concreto" del lenguaje político práctico y el registro "abstracto" de la teoría. Pero, precisamente a causa de su indefinición teórica, las connotaciones ambi-

guas de su empleo político práctico suelen permanecer intactas en su empleo teórico. Las imprecisiones y errores de muchos análisis del populismo guardan estrecha relación con esta deficiencia conceptual. Parece entonces necesario, como primera medida, tratar de eliminar los equívocos del término. Citemos a Laclau:

...“pueblo” no es un mero concepto retórico, sino una determinación objetiva, uno de los polos de la contradicción dominante al nivel de una formación social” (p. 193).

Esa determinación objetiva es diferente de la determinación de clase: esta última, junto con la contradicción antagónica que la constituye, se sitúa en el plano de las *relaciones de producción* —y por tanto de los modos de producción. El concepto de pueblo debe situarse en el plano, relativamente más concreto, de las *formaciones sociales*, allí donde operan no sólo las relaciones de producción sino también el conjunto de las relaciones políticas e ideológicas de dominación. De la articulación de estas relaciones surge, en el nivel de la formación social, un tipo de contradicción específica, irreductible a la contradicción de clase: aquel que opone antagónicamente el “pueblo” al “bloque en el poder”. Tal sería la contradicción *dominante* al nivel de la formación social (p. 122).

Ahora bien —prosigue Laclau—, si la contradicción inherente a las relaciones de producción define el campo específico de la lucha de clases, la contradicción inherente a una formación social concreta define al campo específico de lo que el autor llama la “*lucha popular-democrática*”.¹² Esta última se distingue de la lucha de clases al menos en dos sentidos:

1] Su lugar de ejercicio es, predominante si no exclusivamente, el de lo político y lo ideológico. Anticipemos aquí que las afirmaciones de Laclau sobre este punto pecan de una cierta ambigüedad, a la cual hemos de referirnos más adelante.

2] Por otra parte, los polos antagónicos (pueblo *vs.* bloque de poder) de la lucha popular-democrática difieren formal y sustantivamente de aquellos definidos por la lucha de clases: son a la vez más concretos y

¹² Previendo posibles confusiones, Laclau procura esclarecer el significado de esta expresión y, en particular, lo que debe entenderse en ella por “democrático”. Según el autor, la palabra “democracia”, tal como es empleada en su análisis, no se refiere a nada que tenga una relación necesaria con las instituciones parlamentarias liberales: “... En el sentido que le hemos dado en este texto, por democracia debe entenderse un conjunto de símbolos, valores, etcétera —en suma, interpelaciones—, por las que el pueblo cobra conciencia de su identidad a través de su enfrentamiento con el bloque en el poder”, (p. 121, nota 36).

más generales. *Más concretos*, en cuanto a sus contenidos históricos específicos: las “fuerzas” que definen a uno y otro polo varían sustancialmente en las diferentes épocas y situaciones históricas. *Más generales*, en el sentido de que esta contradicción posee un tipo de vigencia y de continuidad históricas que contrastan con la diversidad y la especificidad de las contradicciones de clase. Según Laclau, esa vigencia y esa continuidad serían claramente puestas de manifiesto por la persistencia de las tradiciones populares frente a la discontinuidad que caracteriza a las estructuras de clase.

Hechas estas indicaciones ¿en qué consistiría la especificidad del populismo? No en la referencia retórica al “pueblo” en sus discursos: cabe, en efecto, la posibilidad de que en un discurso figure esta referencia sin que ello lo convierta automáticamente en populista:¹³

...lo que transforma a un discurso en populista es una *peculiar forma de articulación* de las interpelaciones popular-democráticas al mismo. *Nuestra tesis es que el populismo consiste en la presentación de las interpelaciones popular-democráticas como conjunto sintético-antagónico respecto a la ideología dominante* (p. 201).

Laclau acota, sin embargo, que el hecho de que los elementos popular-democráticos se presenten, en los discursos ideológicos populistas, en términos antagónicos con respecto a la ideología dominante no implica que dichos discursos sean necesariamente revolucionarios. Es suficiente con que una clase o fracción necesite, para implantar su hegemonía, una modificación sustancial del bloque de poder para que se abra la posibilidad de una experiencia populista. Esta última indicación es importante, en la medida en que explicita el hecho de que, aunque separables analíticamente, la lucha de clases y la lucha popular-democrática están en realidad siempre *articuladas* en el interior de una formación social.¹⁴

Obviamente, esto no significa que la modalidad específica que asuma dicha articulación sea en todos los casos la misma. Al contrario, la experiencia muestra que esas modalidades pueden ser muy diversas. En esa medida, las diferentes formas históricas de articulación entre proyectos clasistas y populismo proporcionarían el criterio básico para una tipología de los fenómenos populistas. Tipología que abarcaría desde el populismo fascista italiano y alemán hasta el populismo socialista de Mao, de Tito e incluso del PCI, pasando por el populismo nacional-burgués de Perón, etcétera.

¹³ Y cabe también, agregaremos nosotros, la posibilidad inversa, es decir, la de que un discurso sea populista a pesar de que, en su superficie, no se encuentre jamás referencia alguna al pueblo. Si se descartara esta posibilidad, toda la discusión que efectúa Laclau acerca del estatuto teórico del concepto de “pueblo” sería irrelevante.

¹⁴ Volveremos más adelante sobre este punto.

Sobre la base de esta teoría Laclau extrae algunas conclusiones políticas, de las cuales retendremos aquella que nos parece englobar y sintetizar a las otras. Se refiere, como puede preverse, a las formas de la lucha ideológica de las clases dominadas y, en particular, de la clase obrera. En abierta polémica con formulaciones de corte economicista o estrechamente clasista, Laclau sostiene que el populismo socialista no es una forma espuria y atrasada, sino al contrario la más avanzada, de la ideología obrera. En la lucha por la conquista de su hegemonía, el objetivo principal de la clase obrera no consiste en despojar a una supuesta ideología socialista en estado puro de sus adherencias popular-democráticas, como si estas últimas constituyeran aberraciones o desviaciones (“burguesas” o “pequeño-burguesas”, según los gustos) de dicha ideología. Consiste, por el contrario, en alcanzar el máximo de fusión *real* entre ambos componentes. Decimos bien: fusión *real*, ya que si la exclusión del elemento popular-democrático es, en términos ideológico-políticos, improcedente, no lo es menos su incorporación a título simplemente manipulatorio. En la tarea de lograr esa fusión se juega la capacidad hegemónica de la clase obrera. En ese sentido, no es por casualidad que en la mayoría de los movimientos socialistas victoriosos (por ejemplo, en Mao y Tito), así como en el partido obrero europeo más próximo a alcanzar una posición de hegemonía (el PCI), el elemento populista haya estado o esté presente; y, correlativamente, tampoco es casual que haya estado ausente en sus derrotas.

Dicho esto, y puestos a evaluar los aportes de Laclau, hemos de comenzar afirmando nuestra convicción de que su esbozo de teoría del populismo constituye el intento más serio de (re)pensar en términos rigurosos dicho fenómeno. Logro tanto más meritorio cuanto que el populismo constituye uno de los problemas crónicos, si no críticos, del marxismo. Como la “cuestión nacional”, a la que está sin duda asociada, la “cuestión populista” ha resistido los más pertinaces esfuerzos teóricos para dar cuenta de ella, y ha servido para mostrar la precariedad de un marxismo tan seguro en sus convicciones como inerme frente a todo aquello que las cuestionaba. Laclau, como muchos otros investigadores marxistas actuales, tiene el indiscutible mérito de haber contribuido a devolver al pensamiento marxista, precisamente su *capacidad de pensar*.

Como ya ha sido señalado, su perspectiva teórica general recupera y prolonga —aunque no sin críticas—¹⁵ algunas de las tesis de la teoría althusseriana de la ideología; su análisis específico del populismo reinscribe esas tesis en el seno de una problemática claramente asociada a los

¹⁵ Las ya mencionadas reservas de Laclau en lo que respecta a dicha teoría conciernen a la oposición generalizante entre “Ciencia” e “Ideología” postulada por el althusserismo y a los aspectos “funcionalistas” de la concepción de Althusser sobre la ideología (véase p. 114, nota 32).

temas principales del pensamiento gramsciano.¹⁶ Como trataremos de mostrarlo, la originalidad y riqueza de su teoría son en gran medida el producto de esa reinscripción. También, creemos, son producto de ella algunas de sus ambigüedades y de sus lagunas.

En efecto, pese a sus méritos —que superan ampliamente a sus eventuales insuficiencias— la teoría de Laclau, como toda teoría *abierto*, no está inmunizada contra toda crítica ni es, por lo mismo, intransigentemente refractaria a posibles rectificaciones. Algunas de ellas, incluso, han sido iniciadas por el propio Laclau en algún trabajo posterior.¹⁷ Al respecto, de los comentarios críticos del libro que han llegado a nuestro conocimiento, quizás el más elaborado sea el que recientemente publicara Nicos Mouzelis en la *New Left Review*.¹⁸ Nos parece por ello útil tomarlo, aunque sólo en parte, como punto de referencia.

Mouzelis, aunque reconoce el valor del aporte de Laclau, le dirige un conjunto de críticas que abarcan desde el marco metodológico general del libro hasta los aspectos más pormenorizados de sus análisis específicos, en particular, del populismo. No es nuestro propósito exponer y analizar cada una de esas críticas; nos interesa tan sólo detenernos en aquellas que, por razones que se harán explícitas oportunamente, merecen en nuestra opinión especial atención.¹⁹

La primera de ellas es de orden conceptual: Mouzelis objeta el empleo, y por tanto la definición implícita, que efectúa Laclau del concepto de “formación social”, así como la relación planteada por el autor entre ese concepto y el de “modo de producción”. Según Mouzelis, Laclau tendería a identificar una formación social con sus niveles político e ideológico, relegando las relaciones de producción, y por lo tanto las clases sociales, al plano “abstracto” de los modos de producción. Esta extraña confusión, que sería inútil rastrear en la tradición marxista, tendría —siempre según el comentador— importantes y negativas consecuencias sobre los análisis de Laclau, impidiéndole en particular dar cuenta de la relación efectiva entre las contradicciones de clase y la lucha popular-democrática.

¹⁶ En particular, el tema de la hegemonía. Véase al respecto, pp 162-63, nota 56. Sobre este mismo punto puede también consultarse el artículo de Chantal Mouffe: “Hegemonía e ideología en Gramsci”, en *Arte, Sociedad e Ideología*, núm. 5, Ed. Nueva Imagen, México, 1979.

¹⁷ Cf. E. Laclau: “La teoría marxista del Estado y el pensamiento latinoamericano” (mimeo). En este texto, Laclau modifica los términos de lo que en su libro llama la “contradicción dominante” (“pueblo” vs. “bloque de poder”) a nivel de una formación social. Dicha contradicción se enuncia ahora bajo la forma de la oposición entre “democracia” y “forma general del Estado” (*op. cit.*, p. 17).

¹⁸ Nicos Mouzelis: “Ideology and Class Politics: a critique of Ernesto Laclau”, en *New Left Review*, núm. 112, noviembre-diciembre 1978, p. 45 y ss.

¹⁹ Al margen de las que expondremos a continuación, las críticas de Mouzelis nos parecen o bien secundarias o bien irrelevantes. Nos es imposible, en los límites de esta nota, justificar nuestra opinión al respecto. En todo caso, recomendamos la lectura de dicha recensión.

La segunda crítica de Mouzelis se refiere específicamente a la teoría del populismo: si bien adjudica a Laclau el mérito de haber desarrollado con rigor una concepción no reduccionista de las ideologías y de haber hecho un feliz uso del concepto althusseriano de “interpelación”, Mouzelis encuentra que la teoría del populismo propuesta por aquél tiene de entrada el grave defecto de dejar completamente de lado los aspectos político-organizacionales del fenómeno en cuestión. Es cierto —reconoce Mouzelis— que para Laclau el populismo es un hecho de orden puramente ideológico; pero añade en seguida que esa definición restrictiva del objeto a analizar es de por sí discutible y, además, que, aun aceptándola, es imposible descartar a dichos aspectos político-organizacionales: para poder hacerlo, en efecto, habría previamente que demostrar que las ideologías populistas son compatibles con cualquier tipo de organización política (cosa que, según Mouzelis, es inexacta); asimismo, excluyendo los aspectos en cuestión, no se ve de qué modo se podría explicar, como lo pretende Laclau, “el papel que el elemento estrictamente populista juega en una formación social determinada”.²⁰

Como hemos dicho, figuran en el artículo de Mouzelis muchas otras objeciones a las tesis de Laclau. Si nos hemos limitado exclusivamente a las dos precedentes es porque, a nuestro parecer, *aluden* a dificultades e insuficiencias reales de dichas tesis. Con esto último queremos decir que, aunque dichas objeciones indican bien el lugar donde “suena hueco” en los planteos de Laclau, no nos parece en cambio que los argumentos expuestos por Mouzelis en apoyo de las mismas sean los adecuados. Más precisamente, pensamos que Mouzelis tiene en parte razón, pero no por las razones que él mismo ofrece.

Consideremos ante todo la objeción “conceptual”: como hemos visto, Mouzelis denuncia la insólita equivalencia que plantearía Laclau entre el concepto de formación social y los niveles político e ideológico. Al respecto, debemos comenzar reconociendo que, efectivamente, algunas fórmulas empleadas por Laclau parecen postular esa equivalencia (véase, por ejemplo, p. 193).

Sucede, sin embargo, que esas fórmulas no son las únicas que el autor utiliza; así, por ejemplo, en otro párrafo del mismo artículo, Laclau plantea a título de hipótesis el caso de “una formación social en la que una fracción dominante de terratenientes explota a comunidades campesinas indígenas” (p. 200). Como se ve, en esta hipotética, aunque no imposible, “formación social” las relaciones de producción no están ausen-

²⁰ La frase entrecomillada —citada por Mouzelis— corresponde a la versión inglesa del libro de Laclau. Dicha frase difiere de la que figura en la edición española, donde se lee: “... el papel que el elemento estrictamente populista juega en una *movilización* social determinada” p. 170). Esta diferencia, en apariencia poco importante, merece sin embargo ser señalada, por cuanto Mouzelis reprocha, entre otras cosas, a Laclau el haber efectuado la extraña proeza de formular una teoría del populismo sin hacer referencia alguna al concepto de “movilización”.

tes. Y tampoco lo están (aunque este punto deberá ser retomado) en todo el conjunto de reflexiones que hace Laclau con respecto a la articulación entre la lucha de clases y la lucha popular-democrática, ya que, por principio, dicha articulación sólo puede cobrar realidad en el plano concreto de una formación social.

Con todo, queda en pie el hecho de que, para emplear la misma terminología que el autor toma de Aristóteles, el uso que Laclau hace del concepto de formación social es por lo menos “equivoco”: en ocasiones, parece designar simplemente un “país”; en otras, como lo advierte Mouzelis, a las instancias política e ideológica exclusivamente; en otras, por último, al conjunto de las relaciones de producción y de las relaciones políticas e ideológicas de dominación (por ejemplo en la p. 129).

Por nuestra parte, pensamos que esta última acepción —además de estar abonada por buena parte de la tradición marxista— es la que más se ajusta a los planteos de Laclau: la única, en todo caso, que permitiría pensar coherentemente la relación existente, según esos mismos planteos, entre las contradicciones de clase y la lucha popular-democrática. No deja por ello de ser cierto que la notoria polisemia con que Laclau emplea al concepto en cuestión es fuente de confusiones y ambigüedades, dando pie a interpretaciones que, aun parciales e incluso injustas, no pueden considerarse enteramente arbitrarias.²¹

²¹ Entre esas ambigüedades, la principal, a nuestro juicio, concierne al vínculo que Laclau plantea entre “el nivel de las relaciones de producción” (o sea, el de las contradicciones de clase) y lo que el autor llama la “contradicción dominante” en el plano de una formación social concreta —aquella que opone el “pueblo” al “bloque de poder”. En efecto, cuando Laclau intenta caracterizar la naturaleza de esta última contradicción, emplea algunas fórmulas que parecen limitar el alcance de la misma a lo político y lo ideológico (por ejemplo, en la p. 122). Es cierto que, al mismo tiempo, afirma que “el nivel de las relaciones de producción [y por tanto de la lucha de clases, E. de I.] mantiene siempre un papel de determinación en última instancia en toda formación social” (*ibid.*). Pero esa determinación en última instancia aparece en su análisis ampliamente “indeterminada”; la afirmación según la cual “las ideologías popular-democráticas nunca se presentan separadamente, sino articuladas a discursos ideológicos de clase” (*ibid.*) es sin duda correcta, pero no resuelve la dificultad (al contrario: *la plantea*, puesto que todo el problema consiste en dar cuenta de esa articulación de modo tal que, a través de ella, se perciba claramente tanto la primacía estructural de la lucha de clases, como el carácter “dominante” de la lucha popular-democrática). La cuestión se torna aún más complicada si tomamos en consideración el hecho de que Laclau, quizás con razón, niega toda pertinencia a la distinción de Balibar entre “determinación en última instancia” y “dominación” (p. 80 y ss.), al tiempo que, en su análisis del fascismo y del populismo, se sirve de ella con frecuencia y desventura —es decir, sin definirla claramente y sin explicitar sus eventuales diferencias con la propuesta de Balibar. Por último, y para completar el panorama, mencionemos el hecho de que, en una nota a pie de página, Laclau parece impugnar la concepción de la ideología y la política como “niveles” de una formación social (y, con ella, la noción misma de “nivel”) (p. 185). Todo lo cual indica, y no hay nada de malo en ello, que la reflexión de Laclau en torno a estos temas permanece todavía inacabada.

Hechas estas indicaciones, cabe ahora abordar la segunda, y principal, crítica de Mouzelis, a saber, la injustificada exclusión, por parte de Laclau, de los aspectos político-organizacionales del populismo. Hemos expuesto ya los argumentos de Mouzelis en apoyo de dicha crítica. Detengámonos un momento en el examen de esos argumentos.

En primer lugar, es preciso puntualizar, contra lo que sugiere Mouzelis, que en modo alguno Laclau afirma, o pretende demostrar, que las ideologías populistas son compatibles con cualquier tipo de organización política. Dice, sí, que el "elemento populista" puede estar inserto en ideologías de clase muy diversas, de lo cual no se infiere que puede estarlo en cualquier situación histórica ni en cualquier marco político-organizativo. Más aún: Laclau se esfuerza por demostrar la *imposibilidad* de que las actuales dictaduras militares de América del sur desarrollen un nuevo populismo de las clases dominantes. Este solo hecho torna por completo irrelevantes los dos ejemplos que propone Mouzelis para cuestionar el análisis de Laclau: "...es inconcebible, escribe el comentador, que la aristocracia feudal europea pudiera haber creado la ideología política liberal, o que la clase dominante sudafricana actual decida desplegar un programa socialista".

En ningún momento Laclau niega que haya restricciones económicas, políticas, e incluso ideológicas, para la emergencia y el éxito de un discurso ideológico determinado, y en particular del discurso populista. Interpretada, pues, en términos literales, esta crítica no podría ser considerada válida. Diciendo esto, sin embargo, no pretendemos en absoluto clausurar el problema.

Pensamos en efecto que, de un modo indirecto, la objeción de Mouzelis apunta a algo que efectivamente puede considerarse como una limitación de la teoría de Laclau. Esa limitación *no* consistiría en el hecho de que Laclau defina al populismo como un fenómeno puramente ideológico, sino en la concepción misma de lo ideológico sobre la que se basa su análisis. Comencemos pues por examinar esa concepción.

Sabemos que, para Laclau, una ideología es en lo esencial un conjunto, no necesariamente coherente, pero sí articulado, de interpelaciones constitutivas. En ese sentido, como ya lo hemos señalado, su teoría posee el mérito indiscutible de utilizar y desarrollar productivamente el concepto althusseriano de "interpelación". Dicho esto, pensamos sin embargo que el mencionado concepto, aunque útil e incluso indispensable, es también insuficiente.²²

²² En honor a la verdad, debemos reconocer que nuestra propia posición con respecto a la pertinencia de ese concepto no se ha caracterizado precisamente por su consecuencia. Quien lo desee, puede consultar nuestro artículo "Crítica de la teoría de Althusser sobre la ideología", publicado por la revista colombiana *Uno en dos*, núm. 5, 1975, y republicado, al precio de una "traducción" cuyos errores nos hicieron evocar resignadamente un conocido adagio italiano, por *L'Homme et la Société*, núms. 42-43, 1976.

Útil e indispensable, en la medida en que efectivamente todo “discurso ideológico” incluye, *desde el punto de vista de su producción*, la puesta en obra de mecanismos interpelativos.²³ Esto es sobre todo notorio en los discursos políticos “públicos”, los cuales comienzan invariablemente con una interpelación específica (“Compatriotas”; “Señoras y señores”; “Camaradas”, etcétera), figura retórica por medio de la cual el emisor del discurso político “ nombra ” a sus auditores y, al mismo tiempo, procura establecer una determinada *relación* con estos últimos.²⁴ Por eso mismo, la forma y el contenido de las interpelaciones que, desde el principio, jalonan a los discursos políticos pueden ser objeto, consciente o inconsciente, de estrategias y tácticas específicas.

Ahora bien, esta misma posibilidad de “cálculo” pone de manifiesto *otra* posibilidad, simétrica e inversa: la de que las interpelaciones planteadas por el emisor, y por tanto presentes en su discurso, no lleguen a destino, es decir, *fracasen* en sus efectos esperados o simplemente virtuales.

Hemos indicado ya que en los discursos sociales concretos las interpelaciones son también concretas: los individuos son nombrados, no como sujetos en general, sino como sujetos específicos: como “arios”, “franceses”, “proletarios”, “jóvenes” (...o bien como “imberbes”, “traidores”, etcétera). Ahora bien, queda siempre abierta la posibilidad —y éste es uno de los riesgos más notorios de los discursos políticos— de que los individuos así concretamente interpelados rechacen dicha interpelación, no la hagan suya, no se reconozcan en ella; que se rehusen a identificarse con la imagen de sí mismos que la interpelación en cuestión les propone. Es cierto que, para que tal rechazo sea posible, los individuos deben haber sido constituidos como sujetos por efectos de *otras* interpelaciones, vehiculadas por *otros* discursos (antagónicos o simplemente diferentes de aquel que rechazan). No se trata, entonces, de negar el hecho “siempre-y-a-dado” de la constitución de los individuos como sujetos: se trata más bien de extraer algunas conclusiones no claramente percibidas por quienes hacen de dicha constitución la característica fundamental de los discursos ideológicos.

²³ Entrecomillamos, en este único caso, la expresión “discurso ideológico” para hacer notar que será empleada de aquí en adelante a título simplemente descriptivo. Pensamos en efecto que, desde el punto de vista teórico, dicha expresión es sumamente discutible.

²⁴ Esta relación puede adoptar modalidades muy diversas: inclusiva “generalizada” (por ej., “Compatriotas”); inclusiva “particularizada” (por ej., “Camaradas”, “Correligionarios”, etc.); no inclusiva “generalizada” (por ej., “Señoras y señores”), no inclusiva “particularizada” (por ej., “Quebeois, quebecoises” —De Gaulle, 1967), etc. Anotemos al pasar que en los discursos populistas predominan las interpelaciones inclusivas (en las cuales el emisor se autodefine como miembro del mismo grupo que sus interlocutores). Sobre este punto, Cf. Teresa Carbó: “Algunos problemas en el análisis de discurso político. Un caso”, trabajo presentado en el Seminario de Teoría del Discurso, Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios, El Colegio de México, junio de 1978.

En términos más precisos, creemos que es no sólo posible sino también indispensable, distinguir conceptualmente la "interpelación" de la "constitución" de los individuos en tanto sujetos, y ello por las razones siguientes:

a] La *operación* de la interpelación se sitúa en *un* momento, esencial pero limitado, de la producción social de los discursos, esto es, en lo que llamaremos el proceso *directo o inmediato* de producción de las significaciones. Proceso directo que, por lo demás, se efectúa bajo *condiciones sociales* (económicas, políticas, etcétera) determinadas;

b] En cambio, el *efecto* de constitución de los individuos en sujetos se sitúa en el polo opuesto de dicha producción social, a saber, en lo que llamaremos el *proceso de recepción* de los discursos.²⁵ También, obviamente, dicho proceso de recepción tiene lugar bajo condiciones sociales determinadas.

c] Ahora bien, ocurre que en el caso de la gran mayoría de los discursos sociales (esto es, socialmente producidos, difundidos y recepcionados) existe una distancia y una asimetría irreductibles entre sus condiciones de producción directa y sus condiciones de recepción. Esta distancia y esta asimetría pueden ser de mayor o menor alcance, y de diferente naturaleza, según los casos. Sea como fuere ellas obligan a analizar ambos momentos (producción directa y recepción) como relativamente separados, aunque, por supuesto, no independientes.

¿A qué nos referimos cuando hablamos de distancia y de asimetría? Sencillamente al hecho de que, mientras que las condiciones de *producción directa* de un discurso social son siempre únicas e irrepetibles (por ejemplo, el *¿Qué hacer?* de Lenin fue producido en 1902, en una coyuntura histórica precisa, e irreductiblemente singular), por el contrario, sus condiciones de *recepción* son en regla general múltiples y, por lo mismo, diferentes (producido en 1902, el folleto de Lenin ha sido objeto de una multiplicidad de lecturas e interpretaciones ampliamente divergentes, de acuerdo con las diversas situaciones históricas en que fuera recepcionado, y de acuerdo también con la diversidad de posiciones sociales de los "lectores" mismos).²⁶ De esto se infiere, entre otras cosas, que no existe nada semejante a una "significación inmanente" de los discursos sociales, susceptible de ser aprehendida haciendo abstracción de las condiciones de producción y de recepción de dichos discursos; el análisis de ideologías debe hacerse cargo de este hecho, so pena, en caso contrario, de caer en el error de identificar la emisión de un discurso con sus efectos.

En ese sentido, la fórmula según la cual "la función fundamental de

²⁵ Acerca de la distinción entre producción, circulación y recepción de los discursos puede consultarse, entre otros, el artículo de Eliseo Verón: "Sémiosos de l'idéologie et du pouvoir", en *Communications*, núm. 28, Seuil, 1978.

²⁶ Cf. Eliseo Verón: "Dictionnaire del idéés non reçues" (mimeo).

toda ideología consiste en interpelar/constituir a los individuos como sujetos" (p. 112), aunque aceptable en términos muy generales, tiene el defecto de que tiende a soslayar la diferencia irreductible entre la producción y la recepción de los discursos. A nuestro parecer, es justamente en el desconocimiento de esa diferencia que reside el principal límite de la teoría de Laclau. A los efectos de mostrar concretamente este límite, permítasenos examinar las tesis desarrolladas por Laclau a propósito del populismo peronista.

Partiendo de una ajustada exposición de las tradiciones ideológicas vigentes en la Argentina pre-peronista (el liberalismo y el nacionalismo oligárquicos, la ideología del Partido Radical, las ideologías obreras socialista y comunista) y de los cambios históricos que acarrearón la desarticulación del "montaje" propio de dichas ideologías, Laclau explicita con notable claridad —ése es su mérito— lo que llamaremos las *condiciones de posibilidad* de una experiencia populista en ese país. Resumiremos lo esencial de esa exposición.

Con anterioridad a la década de los treinta, la hegemonía oligárquica se expresaba, *a la vez*, en la unidad existente en el discurso ideológico dominante, en la presencia marginal de una ideología nacionalista antidemocrática y antiliberal y, en fin, en el reduccionismo clasista de las ideologías obreras.

Durante los años treinta y comienzos de los cuarenta se operan transformaciones importantes en esos conjuntos ideológicos, transformaciones estrechamente relacionadas con aquellas que se verifican a nivel nacional e internacional: a] crisis en el bloque de poder, sobre el fondo de la Gran Depresión, que, abriendo paso al proceso de industrialización sustitutiva de importaciones, plantea antagonismos nuevos entre la oligarquía terrateniente y los incipientes sectores industriales; b] imposibilidad, debida a la depresión económica misma, de que la oligarquía tolere las políticas redistributivas de los gobiernos radicales, lo que lleva a la implantación de un régimen parlamentario fraudulento que excluye a las capas medias del acceso al poder político; c] escisiones en el Partido Radical: el sector oficial adhiere de hecho, aunque en posición subordinada, a la coalición conservadora en el poder; otro sector, minoritario, desarrolla posiciones nacionalistas democráticas y pone en tela de juicio al régimen liberal en su conjunto; d] emergencia, dentro del nacionalismo oligárquico, de corrientes industrialistas que, al tiempo que denuncian la corrupción del sistema conservador y su sometimiento al Imperio Británico, adoptan posturas antimperialistas y buscan una solución alternativa de corte militar autoritario; e] por último, crisis de las ideologías obreras mismas: la incorporación de un nuevo proletariado proveniente del interior del país a la vida industrial, unida al desarrollo económico que otorga a la clase obrera en su conjunto una presencia y un peso cada vez mayores, se expresan en el surgimiento de nuevas opciones ideológicas. El nuevo proletariado migrante es portador de una ideología "po-

pular-democrática" espontánea, no basada en el reduccionismo clasista del obrero tradicional, a la vez que, en el seno de la vieja clase obrera, la incompatibilidad entre democracia y liberalismo se torna del todo evidente.

Se produce así un desmembramiento progresivo de los elementos constitutivos de los diferentes discursos ideológicos, en concomitancia con la declinación de la hegemonía oligárquica y la crisis de la ideología dominante:

...Liberalismo y democracia dejan de estar articulados: las interpelaciones democráticas son cada vez menos integrables en la ideología liberal. Para el nacionalismo autoritario resulta cada vez menos obvia la posibilidad de ser a la vez antidemocrático y antiliberal... surge una posibilidad anteriormente inexistente: un autoritarismo democrático. Finalmente, reduccionismo clasista e ideología obrera dejan de estar en correlación necesaria y surge la posibilidad de un populismo obrero. Esta desarticulación significa, entre otras cosas, que la capacidad del bloque de poder de neutralizar sus contradicciones con el pueblo ha disminuido; en el roto y turbio espejo de las formas ideológicas liberales, nuevas e inesperadas combinaciones han pasado a ser posibles. Esta es la brecha que abría, a nivel ideológico, la posibilidad de populismo (p. 221).

Esa posibilidad cobra realidad con el peronismo. El peronismo logrará en efecto hegemonizar el campo ideológico, rearticulando en un nuevo todo relativamente sólido, el "elemento" popular-democrático con los "elementos" nacionalistas autoritarios, antiliberales, antioligárquicos y antimperialistas "dispersos" en dicho campo, sobre la base de un proyecto clasista en correspondencia con los intereses del capitalismo nacional.²⁷

Ahora bien, en esa rearticulación de interpelaciones diversas, el elemento popular-democrático (es decir, el elemento específicamente populista) ocupa un lugar central: constituye de hecho el blanco principal (el *enjeu*) de la lucha ideológica como tal. Esta tesis, de alcance general, es particularmente válida en el caso peronista. Por tal razón, Laclau hace especial hincapié en el intento del discurso de Perón por apropiarse del símbolo "democracia", enarbolado por la oposición, y capitalizarlo en su provecho. La hegemonía ideológica se decide en esa disputa. El peronismo triunfa, entre otras cosas, porque logra ganar esa batalla "discursiva".

Tal es, esquemáticamente expuesta, la explicación que ofrece Laclau del surgimiento y el éxito del populismo peronista. La coherencia, e

²⁷ Estrictamente hablando, en efecto, el proyecto peronista no fue un proyecto del capital o la burguesía nacionales. Se planteó más bien como un proyecto de sociedad o, mejor, de *orden social* impulsado y controlado por el Estado (J. Aricó, comunicación personal). Sólo que su implementación tenía como condición básica el desarrollo del capitalismo nacional: en eso consistió, esencialmente, su carácter "clasista".

incluso la elegancia, de esa explicación están fuera de duda. No obstante, una vez señaladas esas virtudes, queda lugar para plantear algunos interrogantes y algunas objeciones.

Entre ellas, comencemos por mencionar aquella que nos parece a la vez más notoria y la más general: si, como indicamos antes, Laclau da cuenta de las condiciones de posibilidad de una experiencia populista en la Argentina a partir del comienzo de los años cuarenta en adelante, no da cuenta en cambio de las condiciones que hicieron *necesario* el que dicha experiencia populista asumiera la forma que fue la suya.

En efecto, según Laclau, el populismo peronista fue, en tanto ideología, un nacionalismo autoritario, democrático, antiliberal y antimperialista cuyo principio articulador estaba dado por un proyecto clasista *burgués* (el desarrollo del capitalismo nacional). Ahora bien, entre las opciones abiertas por la desarticulación de las ideologías políticas tradicionales durante la década del treinta Laclau menciona, entre otras, la posibilidad de la emergencia de un populismo *obrero*. La ruptura de la unidad entre reduccionismo clasista y obrerismo, así como la inserción en el espectro ideológico de los elementos popular-democráticos "espontáneos" provenientes de los nuevos contingentes obreros, habrían sido los principales factores que abrieron la puerta a esa opción.²⁸

Pues bien, cabe preguntarse entonces por qué las tentativas de constitución de ese populismo obrero cayeron más o menos rápidamente en saco roto, al tiempo que triunfaba el populismo nacional-burgués de Perón. Formulando esta pregunta, no pretendemos transgredir el marco del análisis de Laclau; tratamos, por el contrario, de atenernos estrictamente a ese marco. Lo cual implica, en primer lugar, hacer nuestra la afirmación del autor acerca de la posibilidad de surgimiento de un populismo obrero y, en segundo lugar, marcar la distinción existente entre este último y el populismo burgués-nacional.

No obstante, para que nuestra pregunta tenga sentido, debemos previamente probar que en el momento histórico analizado existieron reales tentativas de implementar ese populismo obrero y mostrar en qué consistieron. En nuestra opinión, tales tentativas se encarnaron, ante todo, en la creación del Partido Laborista hacia fines de 1945 y, secundariamente, en los esfuerzos posteriores de la dirigencia de la Confederación General del Trabajo por conservar su autonomía frente al régimen peronista —al cual sin embargo apoyaban.²⁹

²⁸ Laclau es extremadamente lacónico en cuanto al carácter de la ideología popular-democrática "espontánea" de que habrían sido portadores los nuevos obreros provenientes de las zonas rurales del país. Sobre este punto habría sido necesario un mayor desarrollo, ya que su afirmación está lejos de constituir una evidencia.

²⁹ Véase, al respecto, los trabajos de Murmis-Portantiero y de J. C. Torre sobre los orígenes del peronismo. Precisemos, sin embargo, que estos autores, aunque subrayan la importancia del Partido Laborista como intento de organización política autónoma del movimiento obrero, no hablan en ningún momento de un "proyecto

Con respecto al primer punto, es hoy casi superfluo recordar que el Partido Laborista no fue en modo alguno pensado por sus fundadores (dirigentes sindicales, en su gran mayoría) como un simple instrumento electoral al servicio de la candidatura de Perón, sino como la expresión —la *primera* expresión— política autónoma de la clase obrera. Se sabe asimismo que Perón no formaba parte de la dirección de dicho partido, y que sólo ostentaba el título honorífico de “primer afiliado”. En cuanto al pensamiento de los dirigentes de la CGT —algunos de ellos integrantes de la dirección del ya disuelto Partido Laborista—, el apoyo que brindaban a Perón, no sólo no excluía, sino que al contrario exigía, la independencia de la central sindical con respecto al poder político.

De todos modos, el hecho es que ambos proyectos fracasaron y que, con ese fracaso, quedó clausurada por tiempo indefinido la posibilidad histórica del populismo obrero.

Se podría quizás explicar dicho fracaso rememorando ciertos hechos conocidos: la decisión unilateral, tomada por Perón poco después de su triunfo electoral, de disolver el Partido Laborista y, ya en el gobierno, las perentorias presiones que ejerció para domesticar a la CGT y subordinarla a su política.

Estos hechos son por supuesto indiscutibles, pero no resuelven el problema. Al respecto, la disolución por decreto del PL y las consecuencias que derivaron de esa medida son particularmente instructivas. En efecto, desde el punto de vista legal, Perón estaba por completo inhabilitado para tomarla, puesto que, como vimos, no ocupaba ningún cargo dirigente en el Partido. Sea como fuere, y a pesar de algunos intentos de resistencia finalmente abortados, la decisión en cuestión se mantuvo firme y se convirtió al poco tiempo en un hecho consumado. Más tarde habría de crearse el Partido Peronista, expresa e incondicionalmente sometido a las directivas de Perón.

Algo semejante habría de ocurrir, a comienzos de 1947, con la CGT: Perón buscó y obtuvo la renuncia de Luis Gay, ex dirigente del PL y luego secretario general de la central obrera, e hizo nombrar en su reemplazo a un peronista “incondicional”. Cabe consignar que en este caso contó con la anuencia implícita del resto de la dirección de la CGT para hacer triunfar esas medidas.³⁰

En ambos casos, no puede dejar de llamar la atención la ausencia de una oposición real y sostenida del movimiento obrero a las mencionadas decisiones. Los intentos de resistir a ellas tuvieron como protagonistas casi exclusivos a dirigentes sindicales y del PL, sin encontrar ecos significativos en la clase obrera misma. Todo indica que esta última manifestó

populista-obrero”. La interpretación de los hechos que comentamos como expresiones de tal “proyecto” es, pues, de nuestra exclusiva responsabilidad.

³⁰ Cf. Juan Carlos Torre: “La caída de Luis Gay”, en *Todo es Historia*, Buenos Aires, 1974.

poco interés en desarrollar un proyecto populista propio que, sin excluir el apoyo a Perón, mantuviera sin embargo una autonomía real con respecto a su gobierno y al Estado.

Por nuestra parte, pensamos que no es posible dar cuenta de estos hechos sin incorporar al esquema explicativo algunos elementos teóricos e históricos ausentes en el análisis de Laclau.

Con respecto a los primeros, hemos expuesto ya lo esencial: nos referimos a la no distinción entre “interpelación” y “constitución” de los individuos en tanto sujetos, correlativa al desconocimiento de la distancia y la asimetría existentes entre las condiciones de producción directa y las condiciones de recepción de los discursos sociales. Falta mostrar en qué sentido esas ausencias afectan negativamente la pertinencia de la teoría de Laclau.

En nuestra opinión, la afectan en el sentido de que esta última, considerada como teoría *general* del populismo, resulta insuficiente para dar cuenta de las condiciones reales que determinan el éxito (o el fracaso) de un discurso ideológico populista. En efecto, la posibilidad de una articulación discursiva de interpelaciones clasistas con interpelaciones democrático-populares está siempre, por así decir, teóricamente abierta. Pero otra cosa muy diferente —y mucho más problemática— es que el discurso populista así constituido obtenga el reconocimiento de sus receptores. Dicho en términos más generales, una cosa es elaborar, de manera consciente o no, una determinada estrategia discursiva destinada a incidir eficazmente sobre el campo ideológico-político y otra, muy distinta, es que dicha estrategia alcance efectivamente los objetivos explícitos o implícitos que se propone.

Volviendo al tema en discusión, es posible traducir la dificultad en los siguientes términos: ¿por qué fracasa el discurso populista de Perón? Por nuestra parte, creemos que para responder adecuadamente a esta pregunta es necesario *ante todo* tomar como objeto de análisis al discurso peronista, esto es, examinar sus “propiedades” a la luz de las condiciones de producción y de recepción que determinaron su sentido político objetivo y, en la misma medida, su eficacia ideológica.

¿Por qué juzgamos necesario tomar como punto de referencia privilegiado a dicho discurso? Simplemente por una elemental razón de orden histórico: cuando se ponen en marcha las tentativas concretas de organización de un populismo obrero, el campo ideológico popular está ya claramente hegemonizado por el discurso peronista. Todo intento de disputarle esa hegemonía, lograda no sin esfuerzos ni contradicciones,³¹ chocará necesariamente con dos escollos complementarios, ambos insalvables: i] la poca receptividad de la clase obrera y los sectores populares,

³¹ Debe recordarse, al respecto, que sólo promediando el año 1945 el movimiento obrero decidió respaldar abiertamente a Perón. Fue asimismo a partir de ese momento que el discurso peronista adquirió sus rasgos populistas típicos.

identificados ya con la política y la figura de quien consideran su líder, a dicho proyecto; ii] la resuelta actitud política de Perón mismo en el sentido de impedir a cualquier precio que el movimiento nucleado alrededor de su persona escape a su control —actitud cuyo peso es tanto mayor cuanto que, para entonces (y a diferencia del período pre-electoral) Perón domina ya los resortes fundamentales del poder político e ideológico.³²

De modo tal que sería válido afirmar, sin incurrir en una tautología, que el fracaso del populismo obrero es consecuencia directa del éxito del populismo nacional-burgués peronista. Luego de su triunfo electoral, Perón no sólo ha logrado implantar su hegemonía en el campo popular: desde entonces, dispone también de los medios materiales para mantener y consolidar esa hegemonía. Y, como es notorio, no vacilará en servirse de ellos cada vez que sea necesario.

Quedan empero por explicar las razones positivas del éxito ideológico del discurso peronista. Haremos al respecto algunas breves indicaciones:³³

1) Diremos ante todo que el discurso peronista reunía las características típicas de todo discurso político, esto es: a] su temática estaba centrada explícitamente en el problema del control de las estructuras institucionales del Estado y del poder; b] se presentaba, de manera no menos explícita, como un discurso *polémico*, es decir, como un discurso que se propone, entre otros, el objetivo expreso de refutar y descalificar al discurso opositor, y c] incluía, entre sus condiciones de producción, un cierto cálculo, una cierta evaluación, de sus efectos ideológicos y políticos *inmediatos*.³⁴

2) Por otra parte, sin embargo, a nadie se le ha escapado el hecho de que el discurso peronista se caracterizó *también* por haber operado una sensible ruptura con respecto a las modalidades tradicionales del lenguaje político. Algo nuevo, inédito, aparece en el espacio ideológico-político con el surgimiento del discurso peronista. ¿En qué consistió esa novedad? No en el hecho de que Perón haya infringido las reglas mínimas de todo discurso político, sino más bien en la manera en que se hizo cargo de ellas: *en la manera de implementarlas*.

En ese sentido, ya para referirnos a las tesis de Laclau, diremos que el discurso político peronista no se limitó a rearticular en una nueva for-

³² El papel del control de los medios masivos de comunicación y, en particular, de la radiotelefonía, durante el peronismo, merecería un extenso y pormenorizado análisis que no podemos realizar aquí.

³³ Empleamos la expresión "discurso peronista" para referirnos exclusivamente a los discursos del propio Perón durante el período que estamos analizando (1945-46).

³⁴ Cf. Eliseo Verón: "Discurso, poder, poder del discurso" (mimeo) y nuestro artículo "Discurso político, política del discurso" (mimeo).

mación discursiva a determinados elementos o interpelaciones presentes en un campo ideológico en crisis (esto es, fragmentado y disperso): su originalidad consistió también en el hecho de que hizo efectiva esa rearticulación según modalidades cualitativamente diferentes de aquellas que caracterizaban al discurso político tradicional argentino (horizonte insuperable de la estrategia ideológica de la oposición).

Sin duda, ello se tradujo, como lo señala Laclau, en la introducción de un nuevo principio de articulación de los elementos presentes en el espacio ideológico; pero también se tradujo en otras "novedades", a saber: a nivel de los "contenidos", en la incorporación de nuevas interpelaciones, de nuevos símbolos, de nuevos ejes de oposición; y, a nivel de las "formas", en el recurso a nuevas modalidades de discursividad política, a nuevas técnicas de descalificación del discurso opositor, y, en fin, a nuevas tácticas y estrategias para el ejercicio de la lucha ideológica.

En su análisis, Laclau percibe con claridad el primero de estos aspectos, pero tiende a subestimar los otros. Partiendo de la intuición correcta de que la lucha ideológica sería inconcebible sin la existencia de un campo semántico común a los discursos "contendores", extrapola esa intuición, dejando así de lado la posibilidad de que en esa lucha entren en juego "contenidos" heterogéneos, esto es, que pueden funcionar como antagónicos sin ser simétricos (sin depender de un eje semántico común), así como también "formas" de discursividad desfasadas, heteróclitas, que ponen en obra pautas retóricas no sólo opuestas, sino también inconmensurables.³⁵

Al respecto, nuestra hipótesis es que esos "desfases" se verifican por lo general en situaciones históricas cuyo rasgo principal lo constituye la irrupción en el campo político de nuevos sectores y fuerzas sociales. Como hemos visto, tal fue precisamente una de las características más notorias de la coyuntura en la que surgió y triunfó el peronismo.

Para dar un poco de sustancia a esas indicaciones todavía demasiado abstractas, permítasenos examinar algunos aspectos relativos al "contenido" y las "formas" del discurso peronista de entonces. Al respecto, nos parece necesario poner de relieve los siguientes rasgos típicos de dicho discurso:

— La efectiva reapropiación, bien señalada por Laclau, de las interpelaciones democráticas levantadas por el discurso de la oposición. Esta reapropiación era tanto más necesaria cuanto que el tema de la democracia constituía el eje central del antiperonismo: no por azar, la oposición en su conjunto se había coligado en un frente electoral denominado precisamente "Unión Democrática".

— La articulación de ese "elemento" democrático a un discurso político cuyo principal eje polémico consiste en la denuncia de la "oligarquía"

³⁵ Dicho de otro modo, la lucha ideológica se manifiesta también, bajo determinadas circunstancias, en lo que se ha dado en llamar un "diálogo de sordos".

en nombre del "pueblo trabajador". En el planteo de esta oposición —también acertadamente percibida por Laclau— aparece sin embargo algo nuevo: nos referimos a la forma particular que asume la "apelación al pueblo". En efecto, en los discursos de Perón, los sectores populares son interpelados por medio de un término con connotaciones también populares: "*descamisados*" (denominación que, por lo demás, será reforzada por la ceremonia ritual, a cargo de Perón y de los miembros de su gobierno, de quitarse la chaqueta en los actos públicos).³⁶

— Esta última indicación nos lleva a una tercera característica típica del discurso peronista de la época: el hecho de que dicho discurso incorpore de más en más los modismos del habla popular. Ello se traduce en la introducción masiva de vocablos y expresiones coloquiales, de metáforas deportivas, de refranes y dichos populares, de anécdotas, de historias de humor y, en fin, de consignas siempre concretas y precisas que adoptan a veces la forma de "consejos" casi paternas.³⁷ En el mismo sentido debe interpretarse la utilización —entendemos que por primera vez en el caso de un presidente argentino— del diálogo directo con sus receptores en los discursos públicos. Acotemos al pasar que Perón inauguró este "método", seguramente sin proponérselo, el mismo 17 de octubre de 1945, ocasión en la que debió responder a las insistentes preguntas de las masas congregadas en la Plaza de Mayo, acerca de su destino en los días precedentes.

Estas transgresiones con respecto a las modalidades del discurso político tradicional muestran ya la existencia de una solución de continuidad entre este último y el discurso de Perón. No son sin embargo las únicas.

— En efecto, como señalamos antes, es inherente a todo discurso político el adoptar expresamente una forma polémica, es decir, el plantearse, como uno de sus principales objetivos, la denuncia e impugnación del discurso del adversario. Dijimos también que el discurso de Perón no infringe esta regla: que lo original en él es más bien la manera en que, respetándola, la pone en práctica.

Respecto a este punto, es particularmente llamativo el hecho de que, en los discursos de Perón, no se trata nunca simplemente de oponer ciertas posiciones a las planteadas por el discurso opositor; no se trata tampoco solamente de denunciar a este último como una "vergonzosa cadena de mentiras". Por cierto, Perón recurre también a esos expedientes, indispensables en todo discurso político. Pero no se limita a esas únicas operaciones.

³⁶ Otro tanto sucede con los discursos de Eva Perón. Sobre este punto coincidimos con la opinión de Oscar Landi según la cual es "imposible hacer un análisis de la formación ideológica peronista sin analizar la presencia de Eva Perón, productora hasta su muerte de interpelaciones sociales que conformaron una suerte de "codiscurso" del de Perón de notable efecto político" (en "Ideologías y procesos políticos.—Notas para una investigación", mimeo, p. 8, nota).

³⁷ Cf. sobre este punto nuestro artículo "Discurso político, política del discurso" (mimeo).

Lo nuevo en el discurso polémico de Perón reside sobre todo en el hecho de que centra sus ataques no sólo sobre los contenidos sino también sobre las formas de discursividad del adversario. Perón muestra menos la "falsedad" que la irrisión, la inanidad, del discurso opositor. Este último aparece así, por cierto, como un discurso "mentiroso", pero también, y principalmente, como un discurso abstracto, no relevante, carente de un verdadero anclaje en lo real. Dicho de otro modo, lo que Perón busca poner de manifiesto en el adversario es, precisamente, la naturaleza enteramente "discursiva" de su discurso, el hecho de que no sea otra cosa que *mero* discurso, simple fraseología, palabrería hueca.³⁸ A título de ilustración, transcribiremos algunos párrafos del mensaje pronunciado por Perón en el acto de proclamación de su candidatura:

...Los pocos argentinos que de buena fe siguen a los que han vendido la conciencia a los oligarcas, sólo pueden hacerlo movidos por las engañosas argumentaciones de los habladores profesionales. Estos vociferadores de la libertad quieren disimular, alucinando con el brillo de esta palabra, el fondo esencial del drama que vive el pueblo argentino.

Porque la verdad verdadera es ésta: en nuestra Patria no se debate un problema entre "libertad" y "tiranía", entre Rosas y Urquiza, entre "democracia" y "totalitarismo". Lo que en el fondo del drama argentino se debate es, simplemente, un partido de campeonato entre la justicia social y la injusticia social.³⁹

En estos fragmentos, múltiples veces citados —precisamente a causa de su interés— aparecen condensados algunos de los principales aspectos de la ruptura que opera el discurso de Perón con respecto a las formas discursivo-políticas tradicionales.

¿Qué dice, en efecto, Perón? Ciertamente que la oligarquía engaña, disimula, miente. Pero no sólo eso: dice también que el discurso oligárquico como tal es el producto de una doble impostura. Impostura, ante todo, porque dicho discurso no es, en el fondo, otra cosa que el artificioso engendro de meros especialistas en retórica política (de "habladores profesionales" que buscan "alucinar" con el "brillo" de ciertas palabras consagradas); impostura, además, porque justamente mediante esa retórica el discurso oligárquico evita el planteo, no ya de las verdaderas soluciones, sino también y sobre todo de los *verdaderos problemas*. Hay un drama de fondo en la Argentina: la oligarquía debe por fuerza mentir sobre la manera de resolverlo, porque no es capaz ni siquiera de plantearlo en sus reales términos. Así pues, remplace el conflicto objetivo por un conflicto ficticio y *puramente discursivo*, donde lo que estaría en juego serían solamente pomposas y vacuas palabras: "tiranía", "totalitarismo", "libertad", etcétera.

³⁸ Por cierto, la oposición no tardaría mucho en asimilar esta "lección" del discurso de Perón y en utilizarla en contra de este último.

³⁹ Laclau mismo transcribe algunos de estos párrafos en su trabajo (p. 222).

En suma: Perón descalifica al discurso opositor menos por lo que éste dice que por lo que elude decir, y pone en evidencia esos silencios mostrando aquello que los disimula: el manejo profesional de un "arte de hablar" cuya única virtud es la grandilocuencia.

Queda sin embargo por explicar el hecho de que Perón logra esa descalificación del discurso oligárquico *por medio de lo que también es discurso*. En otros términos: para impugnar una retórica Perón debe por fuerza recurrir a otra. Y debe hacerlo, cuidando de que esta nueva retórica *no aparezca como tal*, es decir, no pueda a su vez ser detectada y denunciada como puro artificio discursivo.

Tal fue en realidad la prueba de fuego de su política del discurso y de su discurso político; tal fue asimismo el momento en que el cálculo y la evaluación de las condiciones de recepción de dicho discurso adquirieron una decisiva importancia; en fin, fue justamente aquí donde la estrategia discursiva de Perón reveló su neta superioridad sobre la de la oposición.

En efecto, mientras esta última reiteraba calmosamente, a través de sus principales voceros (Ricardo Rojas, Tamborini, Mosca, etc.), los gastados símbolos de reconocimiento del discurso político tradicional —la Patria, los Héroes Nacionales, la Libertad, la Providencia divina, etcétera—, Perón, como vimos, hablaba de "oligarquía" y "descamisados", de "justicia" e "injusticia" sociales, y se permitía la *boutade* de calificar deportivamente al combate político como un "partido de campeonato".

Perón elabora, pues, un nuevo estilo de lenguaje político.⁴⁰ Pero, más que el mero hecho de esta novedad, importa señalar sus consecuencias a nivel de las *condiciones de recepción* de dicho lenguaje. Con respecto a este punto, es claro, en primer lugar, que el discurso de Perón no está ecuménicamente dirigido al conjunto de la sociedad argentina, sino que posee un interlocutor privilegiado: *las masas populares*, en particular aquellas antigua o recientemente incorporadas a la vida industrial. Ese es el "público" al cual apunta esencialmente la estrategia discursiva de Perón.

En segundo lugar, también es claro que esa estrategia discursiva tiene un éxito espectacular: el discurso peronista aparece en efecto, a dichas masas, a la vez como *transparente* y como *conforme a lo real*. Y aparece así por el hecho de que el discurso en cuestión logra, a través de sus formas y sus contenidos, reducir al mínimo la ya mencionada "distancia" entre las condiciones de producción directa y sus condiciones

⁴⁰ Lo cual no significa que dicho lenguaje careciera de antecedentes en la política argentina. En ocasiones, el discurso de los conservadores y de los radicales consentía expresiones familiares y coloquiales (en un contexto, empero, marcadamente "paternalista"). Pero la presencia incidental de tales rasgos no basta para desmentir la diferencia sustancial entre la figura típica del discurso peronista y la del discurso político tradicional.

de recepción.⁴¹ Los rasgos típicos antes enumerados del lenguaje político de Perón (el recurso a expresiones y vocablos del habla popular, el diálogo directo con sus interlocutores, la apelación al pueblo en términos de la oposición entre “descamisados” y “oligarcas”, las nuevas modalidades de impugnación del adversario), tomados en conjunto, “conspiraron” eficazmente hacia la reducción de esa distancia.⁴²

En resumen, Perón, al tiempo que pone al desnudo la ineptitud ideológica de la oposición, plasma un discurso que es percibido como inmediatamente aprehensible, como desprovisto de trampas y subterfugios y, a la vez, como verdadero. Dicho de otro modo, produce un discurso “verosímil” en el sentido en que T. Todorov define este término:

...se hablará de verosimilitud de una obra [o de un discurso político, añadiremos nosotros] en la medida en que trate de hacernos creer que se conforma a lo real, y no a sus propias leyes; dicho de otro modo, lo verosímil es la máscara con que se disfrazan las leyes del texto, y que nosotros debemos tomar por una relación con la realidad (en *Comunicaciones*, número dedicado a “Lo verosímil”, Introducción, p. 13).

Utilizar, tanto desde la tribuna política como desde el poder, un lenguaje en el cual el receptor reconoce especularmente su propio lenguaje (y al cual reconoce, siquiera sea parcialmente, como suyo propio) es, sin duda, recurrir a una nueva retórica del discurso político; pero es también la mejor manera de hacer invisible dicha retórica. Así pues, si es cierto —como señala Laclau— que el discurso peronista logró rearticular las interpelaciones popular-democráticas en un modo antagónico con respecto a la ideología dominante, no es menos cierto que su singular eficacia

⁴¹ Cabe consignar que esa distancia es reducida al mínimo, pero no abolida del todo. Así, por ejemplo, las interpelaciones “inclusivas” (“Compañeros”, etc.) que jalonan los discursos de Perón en esa época asumen un carácter íntimamente contradictorio. En efecto, a través de ellas, Perón es reconocido por las masas populares como “uno de los nuestros”, pero también como alguien “que no es igual a nosotros” (sencillamente porque es, ante todo, “nuestro líder”). Como señala Verón, “... es muy probable que la relación del discurso del líder con sus partidarios contenga lo que Gregory Bateson ha llamado un *double-bind* o *doble vínculo*, vale decir, un doble mensaje intrínsecamente contradictorio, del tipo siguiente: “tu palabra debe ser la mía, aunque por definición nunca lo será”. (E. Verón: “*Discurso, poder ...*”, pp. 10-11).

⁴² Contribuyó también a esa reducción el hecho de que, durante la campaña electoral del 46, y a pesar de que Perón constituía el candidato del gobierno en plaza, el discurso peronista se presentaba siempre como un discurso de oposición, esto es, como el discurso de alguien que hablaba en nombre de los excluidos, desde siempre, de la posibilidad de acceder al poder político. En vano los portavoces de la Unión Democrática denunciaban la candidatura de Perón como “continuista”. Perón contraatacaba inmediata y virulentamente, denunciando a su vez el continuismo entre la política oligárquica tradicional y la representada por los prohombres de la Unión Democrática.

ideológica se debió *en gran medida* a las nuevas modalidades mediante las cuales dicho discurso dio forma, y contenido, a esa rearticulación.

Decimos sin embargo cautelosamente “en gran medida”, porque no se nos escapa que el éxito ideológico del peronismo obedeció también a otras razones, de igual o mayor peso.

En efecto, indicamos antes que la emergencia de la clase obrera y las masas populares en su conjunto como sector protagónico en la sociedad argentina de comienzo de los años cuarenta se constituyó en una de las principales *condiciones de producción* del discurso peronista. Perón elabora su estrategia política e ideológica teniendo como punto de mira privilegiado a esos nuevos actores sociales. Pero es preciso agregar, aun al precio de reiterar una evidencia, que la política concreta de Perón al frente de la Secretaría de Trabajo y Previsión (1944-45) afectó de un modo decisivo las *condiciones de recepción* de su discurso por parte de dichos actores. Superfluo es señalar, en efecto, que las medidas tomadas por Perón en beneficio de las clases trabajadoras durante ese período fueron coadyuvantes principales para el triunfo de su estrategia ideológica y política.

Respecto de este punto, nos parece posible intentar ir un poco más lejos, aun al riesgo de internarnos en un terreno particularmente pantanoso. Pensamos, en efecto, que ambos “factores” —el político y el discursivo—⁴³ se conjugaron para conferir a Perón una investidura de la cual nada ni nadie lograrían ya despojarlo en el futuro: la de *líder popular*. Sobre este hecho, de extraordinaria trascendencia en la historia argentina de los últimos treinta años, se ha escrito mucho, pero se ha dicho en definitiva bastante poco. En su gran mayoría, los análisis del peronismo *dan por supuesto* dicho liderazgo; escasean, en cambio, estudios que indaguen seriamente su naturaleza y sus causas.⁴⁴ Por lo general, las misteriosas virtudes carismáticas del término mismo de “carisma” (propuesto por Max Weber con fines esencialmente descriptivos) suelen

⁴³ Señalemos empero que esta distinción entre lo “político” y lo “discursivo” debe ser tomada con precaución. Y ello por la razón doble de que los *discursos* políticos son a la vez, e indefectiblemente, *hechos* políticos y que una gran parte, si no la mayoría, de los hechos reconocidos como políticos consiste precisamente en discursos (declaraciones, debates, tomas de posición, decretos, leyes, etc.). Un argumento adicional para manejar esta distinción con cautela es que aún los acontecimientos políticos más “crudos” (por ejemplo, el ejercicio de la represión por parte del Estado) adquieren significación y relieve en la medida en que son recuperados, divulgados, comentados, etc. a través de procesos discursivos (los medios de comunicación, el rumor callejero, la prensa oficial o clandestina, etc.). De todos modos, pensamos que, hechas estas salvedades, el sentido que acordamos a la mencionada distinción en nuestro razonamiento no se presta a mayores confusiones.

⁴⁴ Así, por ejemplo, el excelente estudio de Murmis y Portantiero antes citado, así como los trabajos no menos valiosos de J. C. Torre, pese a que constituyen obligados puntos de referencia para todo análisis de los orígenes del peronismo, no tienen como objeto explícito la explicación de ese fenómeno.

remplazar a la necesaria explicación del hecho.

Laclau, por su parte, apenas alude a él, y ello de manera muy tangencial. Lo cual no puede dejar de sorprender, dado que en la mayoría de las experiencias populistas (y, sin ir más lejos, en casi todas las mencionadas por el propio Laclau) sobresale nítidamente la presencia y la personalidad de un líder. Aquí nuevamente el autor podría argumentar que su análisis se limita sólo al elemento ideológico "abstracto" constitutivo de los discursos populistas. Pero, en este caso, este hipotético argumento no nos parece válido, en la medida en que, quiéraselo o no, subentiende que la constitución de la figura del líder es un hecho exterior al campo de lo ideológico y, por lo tanto, no pertinente para el análisis de este último.

En nuestra opinión, ese supuesto es insostenible: ⁴⁵ pensamos, al contrario, que la "plasmación" histórica de un liderazgo personal "carismático" es un fenómeno *doblemente* interior al terreno de lo ideológico-discursivo (o, si se quiere, de lo "simbólico"). ⁴⁶ En efecto:

a) En primer lugar, la figura del líder es *constituida* esencialmente a través y por medio de discursos, esto es, del ciclo complejo de la producción, circulación y recepción de discursos. En ese sentido, nos parece indudable que el antes mencionado "efecto de reconocimiento" que el lenguaje político de Perón inducía en sus receptores está íntimamente ligado a su erección en Líder. ⁴⁷

⁴⁵ A decir verdad, estamos absolutamente convencidos de que Laclau comparte nuestro punto de vista al respecto. Y esa convicción no es un simple acto de fe: es notorio, en efecto, que sus análisis sobre el populismo y el fascismo se sitúan en una línea de pensamiento que excluye toda concepción de lo ideológico como instancia exterior a lo político. En esa medida, nuestras observaciones críticas apuntan no a cuestionar la perspectiva teórica que inspira dichos análisis sino más bien a señalar una "laguna" en estos últimos.

⁴⁶ En el sentido de que, como lo señala Oscar Landi, el funcionamiento objetivo de las ideologías puede ser definido como la "intervención del orden simbólico en la constitución de los sujetos políticos" (*op. cit.*, p. 1).

⁴⁷ Cabe aquí introducir algunas indicaciones complementarias: hemos señalado ya que el éxito ideológico del discurso peronista es indisoluble de sus particulares condiciones sociales de producción y de recepción; hemos dicho asimismo (nota 41) que las interpelaciones "inclusivas", típicas de dicho discurso, al tiempo que reducían la distancia entre el emisor y sus receptores, mantenían la asimetría necesaria para la reafirmación del papel privilegiado del primero. El "efecto de reconocimiento" no equivalía pues, exactamente hablando, a un "efecto de nivelación": en el diálogo así entablado, la primera y la última palabra la tenía el Líder. Debemos agregar, sin embargo, que esa asimetría jugaba, por así decir, en los dos sentidos. En efecto, precisamente en la medida en que el discurso peronista incorporaba demandas de las clases trabajadoras, no era nunca recepcionado "pasivamente" por estas últimas. El signo positivo que, como indicamos antes, afectaba a cada uno de los enunciados del líder no sólo no excluía, sino que al contrario exigía, una permanente actividad de reinterpretación, de descifre e incluso de asimilación selectiva por parte de sus receptores. Como dice Oscar Landi (*op. cit.*, p. 9), "todo discurso del dirigente es retrabajado, metabolizado, trans-

b) En segundo lugar, y por una suerte de efecto de retorno, dicha figura misma, una vez así constituida, se vuelve a su turno *constitutiva* del sentido objetivo de los discursos que atraviesan el campo ideológico-político. Lo cual se traduce en dos efectos complementarios: i] cuando el sujeto de la enunciación es el propio líder, cada uno de sus enunciados aparece a sus receptores como afectado de una calificación *a priori* positiva (por ejemplo, “si Perón lo dice, ha de ser cierto”); ii] en cambio, cuando el sujeto de la enunciación es un opositor al líder sucede todo lo contrario: un signo negativo marca de entrada a todo aquello que el adversario afirma, declara o propone. En otros términos, el lugar de la enunciación adquiere un papel determinante con respecto a la significación efectiva de los discursos.

Sobre la base de lo precedentemente expuesto, nos parece posible y, quizás, útil, extraer algunas conclusiones de orden general, pero que —tal es al menos nuestra impresión— se aplican especialmente al tema que estamos analizando.

La primera de ellas es que el liderazgo de Perón, como todo liderazgo político personal, no puede en absoluto ser explicado a partir de una concepción “a-ideológica” (o, si se quiere, “a-semiótica”) de los procesos sociopolíticos. En términos más amplios, y también más taxativos, diremos que es hora ya de desembarazarse de la idea de que existe algo así como realidades sociales (económicas, políticas, etcétera) “puras”, entendiéndose por esto realidades que podrían ser analizadas y explicadas sin tomar en consideración sus condiciones ideológicas —discursivas y, en general, simbólicas— de existencia. Mantener tal idea es olvidar que esas condiciones no son variables exteriores, ni simples epifenómenos, de procesos económicos y/o políticos supuestamente “objetivos”: son, al contrario, y de pleno derecho, parte integrante de dichos procesos. En ese sentido, creemos que el fenómeno del liderazgo político “carismático” muestra con particular claridad la validez de esta tesis.

Nuestra segunda conclusión es, por así decir, el eco invertido de la anterior. En efecto, si es cierto que la ideología no es, como lo quiere una célebre metáfora “marxista”, una instancia separada —y además secundaria— con respecto a lo económico y lo político, también es cierto que el funcionamiento y la eficacia de una ideología determinada no podrían a su vez ser explicadas sobre la base de una concepción exclusivamente centrada en el análisis “inmanente” de los discursos sociales, es decir, sobre la base de una concepción que haga abstracción de las condiciones de producción directa y de recepción de dichos discursos (incluyendo, entre esas condiciones, al sujeto mismo de la enunciación: su

formado por el saber popular, que funciona como un universo de descifre condicionado directamente por las circunstancias y por las prácticas económico-sociales de sus actores”. Los efectos (variables, según las coyunturas históricas) de cierre o apertura doctrinarias de una formación ideológica determinada son el producto del juego dialéctico de esa doble asimetría.

posición en la trama de relaciones de poder, la manera en que es percibido por sus receptores, etcétera). Y ello, "simétricamente", por la misma razón expuesta en el caso anterior, a saber, porque esas condiciones, lejos de ser "datos" exteriores a los discursos, afectan íntimamente la significación objetiva de estos últimos. Nuevamente aquí, el fenómeno del líder "carismático", en tanto soporte de procesos discursivos, ilustra y, por lo mismo, corrobora esta segunda tesis.

Dicho esto, es tiempo de retomar el hilo de la discusión de la cual partimos, acerca de las razones que determinaron el triunfo del populismo peronista y el subsecuente fracaso de las tentativas de implementación de un populismo obrero. Dijimos en su momento que este último hecho había sido consecuencia directa del primero, lo que equivalía a sostener que bastaba, en lo esencial, con explicar el éxito ideológico del peronismo para dar cuenta de la inviabilidad del populismo obrero.

En efecto, el proyecto populista-obrero nació al calor y sobre la base del populismo nacional-burgués peronista. En eso consistió, si se quiere, su "pecado original" (pecado, como se sabe, inevitable). A su manera, los principales representantes de esa tendencia reconocen este hecho: cuando uno de ellos (Cipriano Reyes) declara enfáticamente "*yo hice el 17 de octubre*"⁴⁸ denuncia, por supuesto sin proponérselo, los límites en que habría de quedar encerrada su tentativa política. En efecto, la extraordinaria movilización popular del 17 de octubre de 1945 significó, por así decir, el acta de consagración de Perón como líder ante las masas. Así pues, afirmando al mismo tiempo la trascendencia de esa jornada y su papel protagónico en ella, Cipriano Reyes no hace otra cosa que admitir implícitamente que el proyecto populista-obrero había tenido *como condición histórica previa* el encumbramiento político de Perón, esto es: primero, su reconocimiento como líder popular y, segundo, su acceso al poder. Dadas esas condiciones (hegemonía sobre el campo ideológico popular y control del poder político), no "quedaba lugar" para otro populismo que el representado por Perón: toda tentativa que se propusiera inclinar la balanza hacia otras posiciones debía por fuerza aparecer, en el mejor de los casos, como incomprensible y, en el peor, como traición pura y simple. Con las riendas del poder en sus manos, Perón habría de encargarse de "demostrar" lo segundo.⁴⁹

El proyecto populista-obrero sucumbió así por obra de las mismas causas que le habían dado origen, es decir, por el desarrollo y la consolidación ideológico-políticas del peronismo. En ese sentido, el sucinto análisis que hicimos de las particulares características del discurso peronista, de la ruptura que introdujo con respecto a las formas tradicionales de discurs-

⁴⁸ Tal es el título del libro en el que Cipriano Reyes ofrece su versión de dicha jornada y de su participación en la misma (Ed. GS, 1973).

⁴⁹ Reyes fue acusado hacia 1947 de tramar el asesinato de Perón y de Eva Perón. Sometido a torturas y encarcelado, obtuvo su libertad en 1955, con la caída del régimen peronista.

sividad política y, sobre todo, de sus condiciones de producción y de recepción, tuvo como objeto principal mostrar las razones que hicieron, no sólo posible, sino también necesaria, la hegemonía *ideológica* de Perón, condición a su vez del éxito *político* de su populismo.

Tal fue, repetimos, nuestro objetivo *principal*. Lo que significa que dicho análisis tuvo también otros objetivos, relativamente secundarios; a ellos dedicaremos los párrafos finales de esta nota.

El primero de ellos es de orden teórico-metodológico general: se refiere, en efecto, a los criterios básicos para el análisis de ideologías. Este punto ha sido ya ampliamente desarrollado a lo largo del trabajo, razón por la cual nos limitaremos a subrayar sus aspectos centrales, sin insistir sobre ellos. Tratamos al respecto de mostrar que dicho análisis no puede, en nombre de su propia coherencia, definir su objeto en términos exclusivamente “discursivos”;⁵⁰ debe, al contrario, incluir en él todos aquellos aspectos relativos a las condiciones de producción social de las significaciones; dicho de otro modo, debe incluir en él al conjunto de los elementos que definen, globalmente hablando, la “situación del discurso”: cualidades y funciones del sujeto de la enunciación, características sociales y culturales de los receptores, papel de los aparatos ideológicos,⁵¹ en fin, naturaleza de las posiciones jerárquicas (de poder o de subordinación) a partir de las cuales los discursos son emitidos, difundidos y recepcionados. Sólo tomando en cuenta a estos aspectos, el análisis de ideologías estará en condiciones de explicar el funcionamiento real de los discursos sociales, indisoluble de su sentido y su eficacia política.

Nuestro segundo objetivo se refiere a la práctica misma de la lucha ideológica y está estrechamente ligado al anterior. En efecto: si las precedentes consideraciones son válidas, preciso es concluir que los conflictos ideológicos no pueden en modo alguno ser reducidos a una lucha entre enunciados, ni tampoco entre discursos (“verdaderos” *vs.* “falsos”, “revolucionarios” *vs.* “reaccionarios”, etcétera), ni tampoco, en fin, a una lucha por la apropiación meramente discursiva de determinadas interpe-laciones “claves”.

⁵⁰ Empleamos aquí el término “discursivo” en un sentido restringido (= lingüístico). Dicho de otro modo, “discurso” equivale en este caso a “texto”. En otros autores, este vocablo tiene una extensión mucho más amplia (en Verón, por ejemplo, incluye a todo producto signifi-cante, cualquiera sea su soporte material: el lenguaje propiamente dicho, las imágenes fotográficas, pictóricas, cinematográficas, etc., los objetos de consumo, etc.).

⁵¹ Acerca del papel de la cultura popular, del “folklore”, así como de los aparatos ideológicos o de hegemonía, los textos de Gramsci (en particular, “Literatura y vida nacional”, cap. VI) constituyen un obligado punto de partida. Pensamos sin embargo que sería erróneo, además de esterilizante, considerarlos también como el “punto de llegada”. En éste, como en otros casos, los análisis y observaciones de Gramsci tienen el inmenso mérito de indicar con impar licidez el lugar de una búsqueda necesaria. Pero no nos ahorran la tarea, por cierto nada sencilla, de efectuar esa búsqueda.

La lucha ideológica debe en cambio ser concebida como aquella que tiene como objetivo último la destrucción, o bien la perpetuación, de lo que cabe llamar una doble relación o, mejor, una relación de segundo grado, a saber: la relación existente entre las *relaciones de poder*, cristalizadas en aparatos, jerarquías y prácticas que legitiman o descalifican, otorgan la voz o reducen al silencio, a los actores sociales, y la *relación entre los discursos mismos*. En términos más concisos, y adoptando el punto de vista de las clases subalternas, es una lucha donde lo que está en juego es la transformación radical de la relación, implantada por las clases dominantes, entre las relaciones de poder y las relaciones discursivas.⁵²

Diciendo esto último, no ponemos en duda el hecho de que, en esa lucha, le cabe a los discursos mismos un papel de primera importancia. Lo que pretendemos cuestionar es más bien una cierta —y estrecha— concepción de dicha lucha, cómplice por lo demás de una concepción no menos estrecha de lo ideológico y de las ideologías. Concepción, en primer lugar, *empirista*, según la cual lo ideológico designaría una clase localizada y empíricamente recortable de “hechos” (por lo general, los textos lingüísticos de carácter político, filosófico o religioso);⁵³ concepción, en segundo lugar, *limitada*, porque, dadas sus propias premisas, se atiene al análisis de los “productos” ideológicos, dejando por completo de lado su proceso social de producción.

¿Contradecimos con estas indicaciones los análisis de Laclau? En apariencia sí, puesto que su libro acuerda poca atención a los aspectos mencionados y se centra casi exclusivamente en el problema de las interpe-laciones y articulaciones discursivas; en lo esencial, opinamos que no, ya que, por una parte, Laclau hace referencia al hecho de que las prácticas ideológicas “están siempre encarnadas en aparatos ideológicos” (p. 187) y, sobre todo, porque sus análisis no cierran la puerta a la incorporación de esos aspectos ni son, en lo fundamental, incompatibles con ella.

Se impone, pues, que concluyamos esta nota diciendo que nuestras observaciones críticas no se plantean ni como exteriores ni como contrapuestas al trabajo de Laclau; procuran, al contrario, situarse en una línea de continuidad con su reflexión. Línea de continuidad hecha posible, además, por la permanente apertura teórica que ponen de manifiesto sus análisis.

⁵² Siguiendo con Gramsci, pensamos que su concepción de la lucha ideológica y del problema crucial de la hegemonía se sitúa en una línea de estricta coherencia con las tesis aquí planteadas.

⁵³ Empirismo desgraciadamente abonado por el “prestigio” de la ya mencionada metáfora de las tres instancias.